

COURIER-JOURNAL NUESTRA VIDA

Soy un Refugiado Cubano/I Am a Cuban Refugee

Recopilado por
Marcelino E. Weiss

La siguiente narración no corresponde en todos sus detalles a ninguna familia determinada de refugiados. Es un compendio de las penalidades sufridas por muchos refugiados y por ellos relatadas.

Soy un refugiado cubano.

Salí de mi patria y vine a este país para librarme de la opresión comunista y encontrar una nueva y mejor vida para mi familia.

Era niño cuando triunfó la revolución comunista de Fidel Castro en 1959, pero recuerdo vagamente la alegría del pueblo, que creía haber recuperado su libertad, después de muchos años de dictadura. También recuerdo el descontento creciente en mi casa, al estrecharse y estrecharse las relaciones políticas y económicas con Rusia. Mi padre, un modesto carpintero de espíritu independiente, nunca se adaptó al comunismo. Mi madre, católica devota, rechazó el ateísmo del régimen y continuó asistiendo a la iglesia. Ambos fueron tachados de contrarrevolucionarios por el Comité para la Defensa de la Revolución de nuestro vecindario. El resultado fue que mi padre jamás prosperó en su oficio y ni mis hermanos ni yo pudimos alcanzar educación superior ni obtener trabajo responsable. Siempre quedamos de ayudantes, nunca fuimos jefes.

A pesar de todo, andando el tiempo me casé con una muchacha de mi misma manera de pensar y tuvimos dos hijos. Al hablar del porvenir, siempre nos alentaba la esperanza de ir algún día a los Estados Unidos, como lo habían hecho ya varios conocidos de mi familia; y aguardábamos la oportunidad de salir de Cuba.

Llegué demasiado tarde a la Embajada del Perú, pero luego me inscribí con mi esposa e hijos en una oficina del gobierno, para salir por el puerto de Mariel. Después de varios días, durante los cuales los vecinos nos amenazaban y tiraban piedras y frutas podridas contra la casa, llamándonos "gusanos" y traidores, nos llevaron en omnibus a un campamento cerca del Mariel. Allí permanecemos con otros muchos, hacinados bajo una tienda de campaña, durmiendo sobre tablas o en la tierra, comiendo alimentos escasos y malos, viviendo en pésimas condiciones sanitarias.

Al quinto día, un funcionario del gobierno nos condujo al puerto de Mariel y a bordo de una embarcación con capacidad para treinta pasajeros, en la cual metió cerca de cien. Durante las quince horas de la travesía, varias veces temimos se hundiera la lancha, que hacia agua constantemente por el exceso de peso. Las mujeres rezaban en voz alta y todos, incluyendo los niños, botaban el agua con cubos, envases de todas clases y hasta con

las manos. Pero al fin llegamos a Cayo Hueso (Key West).

Después de una inspección preliminar, nos trasladaron a una base militar para ser "procesados". Allí fuimos bien recibidos y tratados con consideración. Nos alojaron en una amplia barraca, con buena y abundante comida, aunque diferente de la cocina criolla a que estábamos acostumbrados y con servicios sanitarios satisfactorios. Pero la cerca que rodeaba el campamento, limitando nuestros movimientos, acentuaba la impresión de estar en una cárcel o campamento de concentración.

Al fin terminó el procesamiento, que incluía la inscripción en una de las agencias nacionales encargadas de la relocalización de refugiados y recibimos nuestras fichas de extranjeros y certificados de salud. Ya estábamos listos para salir del campamento; pero faltaba que alguien nos apadrinara y no teníamos parientes ni amigos en los Estados Unidos. La espera se nos parecía interminable. Pasadas varias semanas, a través de la USCC (United States Catholic Conference) y del Catholic Family Center, con la ayuda del liceo Cubano de Rochester, encontramos padrinos y llegamos a esta ciudad, cuarenta y dos días después de dejar nuestro hogar en Cuba.

Soy un refugiado cubano y necesito ayuda material

establecerme aquí, pero más que nada necesito comprensión, paciencia y amor.

Compiled by
Marcelino E. Weiss

The following narrative does not correspond in every detail to any particular refugee family, but is a compendium of the painful experiences suffered by many Cuban refugees, as told by themselves, translated into English.

I am a Cuban refugee.

I left my homeland and came to this country to be free of communist oppression and to seek a new, better life for my family.

I was a child when Fidel Castro's revolution triumphed in 1959, but I vaguely remember the joy of the people who believed they had regained their freedom after many years of dictatorship. I also remember the increasing disillusion at home, when Castro established and gradually strengthened political as well as economic relations with Russia. My father, a modest, fiercely independent carpenter, would not accept communism. My mother, a devout Catholic, openly rejected the regime's atheism and continued to attend church. Both were blacklisted by the neighborhood Committee for the Defense of the Revolution. Because of

my family's attitude, father did not prosper in his trade and neither my brothers and sisters nor myself were educated beyond grade school and never given responsible jobs. We were always aides to someone.

In spite of it all, I eventually married a girl who shared our views and we had two children. When discussing the future, we were inspired by the hope of some day coming to the U.S., as several acquaintances of my family had done, and we waited for a favorable opportunity.

I missed the chance of the Peruvian Embassy, but registered with my wife and children in a special government office, to leave through the port of Mariel. After several days, during which our neighbors harassed and threatened us, calling us "worms," betrayers of the revolution, and throwing rocks and rotten fruit at our house, we were taken by bus to a camp near Mariel. There we stayed, huddled with hundreds of others under a tent, sleeping on boards or on the ground, eating scarce or inadequate food, enduring an almost total lack of sanitation.

On the fifth day, a government official led about a hundred of us to Mariel Bay and on board a boat that normally carried only thirty passengers. The crossing lasted fifteen hours and the overloaded boat continuously took on water so that several times we feared that it would sink.

The women prayed out loud and everyone, even the children, bailed out water with buckets; all sorts of containers and even our hands. At last we reached Key West.

After a preliminary inspection, we were sent to a military base for "processing." There we were well treated, lodged in an ample barrack with adequate sanitary facilities and given good meals, though very different from the Cuban dishes to which we were accustomed. And the fence that surrounded the camp, limiting our movements and the surveillance, heightened the impression of being in a prison or a concentration camp.

At last our processing was completed. It included registration with one of the national agencies engaged in the resettlement of refugees. We received our alien identification and health clearance certificates, and were ready to leave the camp; but a sponsor was needed and we had neither relatives nor friends in the U.S. The wait became interminable. Finally, through the USCC (United States Catholic Conference) and the Catholic Family Center, with the help of the Cuban Lyceum of Rochester, we found our sponsor and came to this city, forty-two days after leaving our home in Cuba.

I am a Cuban refugee and need material help to resettle here, but above all I need understanding, patience and love.



Una de las fotos expuestas por Jorge Samper en la Galería Ward. One of Samper's photographs on exhibit at the Ward Gallery.

Artista Colombiano Exhibe Sus Obras Colombian Artist Exhibits Work

En la Galería Ward, localizada en el 4to. Piso del Almacén Sibleys de la calle Main, se exhibieron durante el mes de agosto pinturas, fotografías, disfraces, trabajos en madera, diseños en tela y otros.

La exposición fue organizada por la señorita Emily Joseph, estudiante de R.I.T., con el propósito de promover artistas jóvenes. Entre los 33 artistas invitados a exponer sus obras figuró el colombiano Jorge Samper quien exhibió cinco fotografías a color.

Estas fotografías son parte de un estudio hecho para documentar al campesino de Boyacá, región en Colombia que ha logrado preservar su cultura casi intacta a la del Siglo XVIII.

Esta es una región altamente artesanal y los sistemas de producción permanecen casi idénticos a los de la época pre-colombiana.

El señor Jorge Samper trabaja en el National Technical Institute for the Deaf (Instituto Técnico Nacional para Sordos) en el departamento de producción de medios audiovisuales.

During the month of August, paintings, photographs, costumes, wooden sculptures, cloth designs and other works of art were exhibited in the Ward Gallery, on the fourth floor of Sibley's department store on Main Street.

The exhibition was organized by Miss Emily Joseph, an RIT student, to promote young artists. Among the 33 artists that were invited to show their work, was a Colombian, Jorge Samper, who entered five color photographs.

The photos are part of a study about the farmers of Boyacá, a Colombian region that has preserved its culture almost intact since the 18th century.

This region is very artistic and production systems are almost identical to those used in pre-Colombian times.

Mr. Samper works for the National Technical Institute for the Deaf, in the audiovisual aids production department.